

EL EVANGELIO DE LUCAS: SUS TEMAS TEOLÓGICOS MÁS SOBRESALIENTES

*José Luis Sicre Díaz, SJ **

En cierta ocasión comparé el evangelio de Lucas con una pinacoteca¹. Esta imagen, que se inserta en la antigua leyenda de Lucas como pintor de la Virgen, tiene la ventaja de advertir algunas peculiaridades de su evangelio. Por ejemplo, los cuadros de Lucas nos ponen en contacto con personajes nuevos, desconocidos para el lector de Mateo y Marcos: Zacarías, Isabel, Gabriel, los pastores, Simeón, Ana, la viuda de Naín, Simón el fariseo y la pecadora anónima, Juana mujer de Cusa, Susana, Marta y María, la mujer que alaba a Jesús (“bendito el vientre que te llevó...”), la mujer encorvada, Zaqueo, Herodes Antipas, las mujeres de Jerusalén que lloran a Jesús, los dos ladrones crucificados con él, los discípulos de Emaús. También con personajes ficticios, que han llegado a ser tan reales o más que cualquier otro: el buen samaritano, el hijo pródigo, el rico y Lázaro, el fariseo y el publicano. Además, dos personajes conocidos adquieren en Lucas un relieve especial: María y Juan Bautista.

Basta leer la lista anterior para advertir el protagonismo de la mujer². Algunos atribuyen este feminismo de Lucas a su origen griego. También pudo influir en él la lectura del Antiguo Testamento, donde los personajes femeninos desempeñan un puesto capital. En cualquier hipótesis, su actitud ante las mujeres nos ayuda a comprender la atención que les dedicará también en el libro de los Hechos, donde no sólo habla de María sino también de las mujeres que forman parte de la comunidad (Hch 5,14; 8,3.12; 9,2). Cosa lógica porque a veces, como ocurrió en Filipos, las mujeres eran las únicas que acudían a rezar y las únicas a las que podía anunciarse el evangelio (Hch 16,13).

Pero si debiese usar una metáfora distinta, no pictórica, sino musical, compararía la obra de Lucas con una ópera wagneriana, en la que los temas surgen y reaparecen de comienzo a fin. Siguiendo el orden en que aparecen en el evangelio, y completando con ciertos datos del libro de los Hechos, indico algunos de esos temas principales. No pretendo enumerarlos todos ni tratarlos de manera exhaustiva. Son simple esbozo que nos ayude a aprovechar las lecturas del evangelio durante este ciclo litúrgico.

1. Importancia de Jerusalén y del templo³

El evangelio de Lucas comienza en el templo de Jerusalén, donde Zacarías, padre de Juan Bautista, tiene la aparición del ángel que le anuncia el nacimiento de su hijo. Cuando nace Jesús, el templo de Jerusalén vuelve a ocupar un puesto capital, ya que allí llevan al niño para presentarlo al Señor. Más tarde, cuando cumple doce años, sube al templo y se queda “en la casa de su Padre”.

* Profesor de Escritura en la Facultad de Teología de Granada.

Ofrecemos una versión ampliada de una conferencia tenida en Málaga con motivo del comienzo del ciclo C del año litúrgico, dedicado al evangelio de Lucas.

¹ J. L. SICRE, *El cuadrante. I. La búsqueda*, Estella⁹ 2005, 189-199.

² J. M. VAN CANGH, «La femme dans l'Évangile de Luc. Comparaison des passages narratifs propres à Luc avec la situation de la femme dans le judaïsme»: *Revue Théologique de Louvain* 24 (1993) 297-324; S. DEMEL, «Jesu Umgang mit Frauen nach dem Lukasevangelium»: *Biblische Notizen* 57 (1991) 41-95.

³ M. BACHMANN, *Jerusalem und der Tempel. Die geographisch-theologischen Elemente in der lukanischen Sicht des jüdischen Kultzentrums*, Stuttgart 1979 (BWANT 109); A. CASALEGNO, *Gesù e il tempio. Studio redazionale di Luca – Atti*, Brescia 1984.

Esta importancia del templo de Jerusalén en el relato de la infancia de Lucas contrasta poderosamente con el enfoque del otro evangelista de la infancia: Mateo. Este evangelista sólo menciona a Jerusalén cuando aparecen los Magos de Oriente preguntando por el lugar de nacimiento del Mesías. A diferencia de lo que ocurre en Lucas, la Sagrada Familia no va al templo en ningún momento, y de Jerusalén sólo sale la amenaza de muerte para Jesús.

Vemos, pues, dos enfoques muy distintos. Para Mateo, Jerusalén es el símbolo de la oposición a Dios. Allí no hay personas interesadas en adorar al Mesías. Los sumos sacerdotes y los escribas conocen las Escrituras, saben que el Mesías nacerá en Belén, pero nadie se molesta en visitarlo. Lucas, en cambio, concede un puesto central a la ciudad y al templo. Allí se encuentran personas piadosas y fieles (Zacarías, Simeón, Ana) y es lugar ideal para ponerse en contacto con Dios.

Esta importancia de Jerusalén y del templo explica también el curioso cambio que ofrece Lc en las tentaciones: la tercera no tiene lugar en un monte altísimo (como indica Mateo), sino en el pináculo del templo.

Más curioso aún es cómo organiza Lucas la actividad de Jesús desde el punto de vista geográfico. Igual que Marcos y Mateo, sigue un esquema muy conocido: Jesús comienza su actividad en Galilea, y no sube a Jerusalén hasta el final de su vida, para sufrir la pasión. Sin embargo, Lucas concede una importancia tan grande al viaje a Jerusalén que lo anuncia de manera solemne en 9,51: “Cuando iba llegando el tiempo de que se lo llevaran, Jesús decidió irrevocablemente ir a Jerusalén”. Estas palabras, que faltan en Marcos y Mateo, constituyen el comienzo de lo que en Lucas se conoce como la gran sección del “viaje a Jerusalén” (9,51-19,28) y nos hace caer en la cuenta de otros detalles significativos sobre la importancia de la capital.

Lucas no ignora el aspecto negativo de Jerusalén. En 13,33 añade unas palabras cargadas de amarga ironía contra la ciudad: “No conviene que un profeta muera fuera de Jerusalén”. Y en el relato de la pasión añade la escena de Jesús y las mujeres de Jerusalén, donde se anuncia la desgracia futura de la ciudad (23,27-31):

—Vecinas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegará un día en que se diga: ¡Dichosas las estériles, los vientres que no parieron, los pechos que no criaron! Entonces se pondrán a decir a los montes: caed sobre nosotros; y a las colinas: sepultadnos. Porque si al árbol lozano lo tratan así, ¿qué harán con el seco?

A pesar de ello, Jerusalén sigue siendo muy importante al final del evangelio. En la tradición más antigua, representada por Marcos y Mateo, Jesús no se aparece a los discípulos en Jerusalén, sino en Galilea (Mt 28,16-20). En cambio, Lucas vuelve a conceder un puesto central a la capital. Cuando los ángeles hablan con las mujeres no les transmiten la orden de que los discípulos deben ir a Galilea. Todos permanecen en Jerusalén, y allí se les aparece Jesús resucitado, que les dice que su actividad deberá “comenzar por Jerusalén” (Lc 24,47). Muy cerca de allí, en Betania, tiene lugar la ascensión, y los discípulos “se volvieron a Jerusalén llenos de alegría y se pasaban el día en el templo bendiciendo a Dios” (24,52-53). De este modo, el evangelio de Lucas termina donde había comenzado: en el templo de Jerusalén, sin hacer mención alguna de Galilea.

Resumiendo, Lucas quiere presentar el nacimiento y expansión de la Iglesia en perfecta continuidad con el Antiguo Testamento, con la historia y las instituciones del pueblo de Israel. Y el símbolo más perfecto de esa continuidad entre lo antiguo y lo nuevo es Jerusalén. En Jerusalén, en su restauración, su independencia, su gloria, tenían centradas los judíos sus esperanzas. En Jerusalén se manifestaría Dios de la forma más potente. Y eso es lo que dice Lucas. En Jerusalén se forma el nuevo pueblo de Dios, en Jerusalén baja el Espíritu, en Jerusalén realizan los apóstoles sus primeros prodigios y milagros, de Jerusalén sale el evangelio para extenderse por todo el mundo. Por consiguiente, si muchos judíos rechazan el evangelio, no es porque Dios haya actuado en contra de sus esperanzas y convicciones más profundas, sino porque se han empeñado en cerrarse al plan de Dios.

2. *Evangelio del gozo y la alegría*

En la primera escena del evangelio, cuando Gabriel anuncia a Zacarías que tendrá un hijo, le dice: “Te llenará de gozo y alegría y muchos se alegrarán de su nacimiento” (1,14). El anuncio a María comienza con “alégrate”, y el tema de la alegría reaparece en las más diversas escenas: visita de María a Isabel (“la criatura saltó de alegría en mi vientre”: 1,44); anuncio a los pastores (“os anuncio un gran gozo”: 2,10); vuelta de los setenta y dos discípulos (“volvieron muy contentos”: 10,17.20.21); la multitud (“la gente se alegraba de tantos portentos como hacía”: 13,17); Zaqueo (“él bajó enseguida y lo recibió muy contento”: 19,6); los discípulos al entrar en Jerusalén (“entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios”: 19,37); los discípulos ante Jesús resucitado (“no acababan de creer de pura alegría”: 24,41); después de la ascensión (“volvieron a Jerusalén llenos de alegría”: 24,52).

En el libro de los Hechos, la alegría también ocupa un puesto capital en momentos importantes, y por los motivos más diversos. El primer dato resulta humanamente desconcertante. Los apóstoles, después de ser azotados, “salieron del Consejo contentos de haber merecido aquel ultraje por causa de Jesús” (Hch 5,41).

En general, lo que llena de gozo no es la persecución, sino la extensión progresiva del evangelio. La ciudad de Samaría, al entrar en contacto con el diácono Felipe “se llenó de alegría” (8,8). El eunuco al que bautiza el mismo Felipe, “siguió su viaje lleno de alegría” (8,39). Bernabé se alegra mucho al ver la gran obra de Dios en la comunidad de Antioquía (11,23). Los paganos de Antioquía de Pisidia se alegran mucho al ver que no son excluidos del mensaje de la salvación (13,48). La conversión de los paganos provoca también gran alegría en las comunidades de Fenicia y Samaría (15,3).

Esta idea del evangelio como fuente de gozo y alegría contrasta con la opinión que muchas veces se tiene del cristianismo: una religión triste, cuyos mejores representantes visten de negro. Lucas nos animaría a cambiar esa imagen.

3. *Las esperanzas políticas y los enemigos*

Pasemos a la segunda escena de importancia: el anuncio de Gabriel a María (1,26-38). Podríamos tomarla como punto de partida para hablar de la importancia de las mujeres en la obra de Lucas, tema que ha quedado claro al comienzo de este artículo. A diferencia de Mateo, el ángel no se aparece a José, sino a María.

Sin embargo, me detendré en las palabras de Gabriel a María a propósito de su hijo: “Será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el *trono* de David su

padre, para que *reine* sobre la Casa de Jacob por siempre y su *reinado* no tenga fin”. Lo que más llama la atención es la insistencia en el tema de la realeza, con toda su carga política. He puesto en cursiva las palabras “trono”, “reino” y “reinado”, que subrayan esta idea. Pero conviene recordar que el título “Hijo del Altísimo” también se orienta en la misma línea: se aplicaba al rey de Israel, ya que Dios prometió a David relacionarse con sus descendientes como un padre con sus hijos: “Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo” (2 Samuel 7,14). Por consiguiente, el ángel está subrayando a María el carácter regio de su hijo⁴ y fomentando en el lector unas esperanzas de tipo político.

Respondiendo a esta preocupación política, el canto de María, el “Magnificat” (1,46-55), expone el cambio que espera de la acción de Dios.

*“... derriba del trono a los potentados y enaltece a los humildes:
a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”.*

Palabras demagógicas, que criticaríamos duramente en boca de cualquier político, pero que aceptamos porque aparecen en boca de María.

Zacarías expresa esta esperanza política de forma aún más clara en el Benedictus: el Señor ha suscitado una fuerza salvadora en la Casa de David, su siervo, para conceder a Israel “la salvación de nuestros enemigos, y de las manos de todos los que nos odian”. Al escuchar estas palabras no debemos espiritualizarlas. Los enemigos no son los pecados ni los demonios. Son los romanos y sus colaboradores israelitas: sumos sacerdotes, saduceos, herodianos, etc.

El tema de la realeza reaparece cuando el ángel anuncia a los pastores: “Os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor”.

Pero la representante más curiosa y simpática de esta preocupación política es una mujer: la profetisa Ana. Lucas la presenta como una mujer muy piadosa, que a sus ochenta y cuatro años se pasa el día y la noche en el templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. En nuestro lenguaje, una beata. Pero una beata politizada, cosa poco frecuente entre nosotros. Por eso, cuando Ana conoce al niño Jesús, “hablaba de él a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén”.

Estas ansias de liberación política no reaparecen a lo largo de la vida pública de Jesús. Pero Lucas vuelve a tratarlas al final del evangelio, en la aparición a los discípulos de Emaús. En ellos ha querido reflejar las esperanzas que muchos seguidores de Jesús depositaron en él por motivos políticos, y la decepción posterior a su muerte: “¡Y nosotros que esperábamos que iba a ser él el liberador de Israel!” (24,21). Las esperanzas formuladas por Lucas con toda energía al comienzo del evangelio adquieren ahora un sentido nuevo: esa liberación tan deseada sólo se producirá a través del sufrimiento y la muerte del Mesías.

Incluso así, el mensaje se presta a equívocos. Por eso, Lucas lo retoma al comienzo del libro de los Hechos, cuando los discípulos preguntan a Jesús: “¿Es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?” (Hch 1,6). Y Jesús responde que eso no es lo importante en estos momentos, sino la misión de predicar el evangelio por todo el mundo.

⁴ Igualmente, cuando Natanael dice a Jesús: “Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel” (Juan 1,49), no está confesando su divinidad, sino su categoría de rey, como deja claro el paralelismo de las dos frases.

El tema de la liberación política estaba muy relacionado con el de los enemigos, como lo enuncia Zacarías en el Benedictus. Pero los deseos de verse libres de los enemigos reciben una ducha de agua fría al comienzo de la predicación de Jesús, cuando en el sermón de la llanura dice a sus discípulos: “Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian” (6,27).

Estas palabras nos resultan muy conocidas. También Mateo las recuerda. Pero el contexto en el que Lucas las sitúa les da una fuerza especial. Inmediatamente antes ha colocado cuatro bienaventuranzas y cuatro maldiciones, que dividen el mundo en dos grupos claramente contrapuestos: el de los pobres, los que pasan hambre, lloran y son odiados, y el de los ricos, los saciados, los que ríen y son alabados.

La comunidad de Qumrán también distinguía radicalmente entre amigos y enemigos, los “hijos de la luz” y los “hijos de las tinieblas”. Y cuando un nuevo miembro se incorporaba a la comunidad, los levitas entonaban unas palabras de terrible dureza contra los enemigos de la comunidad.

“¡Maldito seas en todas tus obras culpables e impías! Que Dios haga de ti un objeto de horror por mediación de los vengadores de venganza. Que él haga que seas visitado, para tu perdición, por aquellos que dan a cada uno su merecido. Maldito seas irremediamente. Tus obras son como tinieblas; seas, pues, castigado en la oscuridad del fuego eterno. Que Dios no se digna prestar atención a tus súplicas ni te consuele perdonando tus iniquidades. Que muestre su semblante airado para vengarse de ti. Que ninguno de los fieles a nuestros padres te desee la paz” (1QS col II, 5-9).

En este contexto, y por contraste, adquiere enorme valor la exhortación: “Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian” (5,27-28).

El evangelio de Lucas añade dos pasajes exclusivos suyos en los que Jesús da ejemplo de esta capacidad de perdón.

El primero tiene lugar cuando una aldea de Samaria se niega a dar hospedaje a Jesús y a sus discípulos (9,53-56). La reacción de Juan y Santiago (los “atronadores”, como les puso de mote Jesús) es inmediata: “*Señor, ¿quieres que mandemos que caiga un rayo del cielo y acabe con ellos?*”

Estas palabras sólo se entienden rectamente recordando la tradición de Elías. Cuando el rey Ocozías manda a un capitán con cincuenta soldados para obligar al profeta a ir a palacio, Elías responde con un rayo que mata a todos. Un nuevo envío de soldados termina de la misma manera. Sólo a la tercera, cuando el capitán se dirige al profeta con toda modestia, se salva el destacamento. La moraleja de la historia es clara: quien no respeta a un profeta merece que le caiga un rayo del cielo y lo mate.

En esa lógica se mueven Juan y Santiago, que pretenden defender el honor de Jesús a base de fuego del cielo (rayos.), igual que siglos más tarde se intentará defenderlo con fuego de la tierra (hogueras inquisitoriales). Pero Jesús, el mayor de los profetas, piensa distinto. Al rechazo y desprecio no responde con el rayo. “*El se volvió y los reprendió. Y se fueron a otra aldea.*”

La segunda escena es más conocida. Poco antes de morir, intercede por quienes lo crucifican: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (23,34). El simple hecho de perdonar ya supondría mucho. Lo grande de Jesús es que, además de perdonar, justifica esa conducta: “porque no saben lo que hacen”. Ese ejemplo será el que imite Esteban, el primer mártir cristiano: “Señor, no les imputes este pecado” (Hch 7,60).

4. El Espíritu Santo⁵

Inmediatamente después de decirle a María que su hijo será rey, Gabriel le explica cómo será posible el gran misterio de su concepción. “El Espíritu Santo bajará sobre ti...” (1,35). Así queda clara desde el principio la enorme importancia de este tema. Es cierto que Mateo también habla del Espíritu Santo desde el comienzo y en el mismo contexto, explicando la concepción de Jesús (“lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo”: Mt 1,20). Pero, cuando se comparan las tradiciones de los tres evangelios sinópticos (Mc, Mt, Lc), se advierte cómo progresa la reflexión sobre el papel del Espíritu Santo.

La tradición más antigua, la de Marcos, sólo habla de él en seis ocasiones, subrayando dos aspectos: el espíritu como principio dinámico, de acción, y el espíritu como inspirador. En relación con Jesús se acentúa el aspecto dinámico: baja sobre él en el bautismo (1,10), lo impulsa al desierto (1,12) y le da poder para expulsar los demonios (ver 3,29). El aspecto de inspiración se menciona a propósito de David (12,36) y de los discípulos (13,11). Los cristianos, al recibir el espíritu en el bautismo (1,8), se benefician de su fuerza y de su inspiración.

Mateo amplía la perspectiva. Lo menciona once veces, casi el doble que Marcos. Aunque muchos temas coinciden (bautismo, desierto, expulsión de demonios, testimonio de los apóstoles), hay dos momentos capitales. Al comienzo mismo, como acabamos de indicar, presenta a Jesús como engendrado por el Espíritu Santo (1,18). Y al final, Jesús ordena bautizar “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo” (28,19).

En este proceso, Lucas significa un gran paso adelante, con sus 17 referencias al Espíritu Santo. La acción del Espíritu no se limita a Jesús. El mismo Juan Bautista estará lleno de Espíritu Santo desde el vientre de su madre (1,15). Isabel se llena del Espíritu Santo al oír el saludo de María (1,41). Zacarías profetiza lleno de Espíritu Santo (1,67). El Espíritu Santo también está sobre Simeón y le asegura que no morirá antes de ver al Mesías (2,25-27).

La acción del Espíritu en Jesús también es más patente que en los otros evangelios. Jesús no sólo va al desierto impulsado por el Espíritu, sino que también marcha a Galilea por acción del mismo Espíritu (4,14). En la sinagoga de Nazaret elige el texto de Isaías que comienza: “El Espíritu del Señor está sobre mí” (4,18). Y cuando vuelven de su misión los 72 discípulos, Jesús se llena de gozo del Espíritu Santo (10,21).

Con respecto a los cristianos, el Espíritu no es sólo un don de Jesús que se recibe en el bautismo, sino algo que el Padre concede siempre que practicamos la oración de petición: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán. Pues quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama le abren. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra?, o si le pide pescado ¿le dará en vez de pescado una serpiente?, o si pide un huevo ¿le dará un escorpión? Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a

⁵ H. VON BAER, *Der Heilige Geist in den Lukasschriften*, Stuttgart 1926 (BWANT 39); J. B. SHELTON, «Filled with the Holy Spirit». *A Redactional Motif in Luke's Gospel*, Stirling 1982.

vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará Espíritu Santo a quienes lo pidan” (Lc 11,9-13).

Este texto merece un breve comentario. Sus palabras iniciales se prestan a ser mal interpretadas. “Pedid y se os dará”. Ningún cristiano normal se extraña si, después de pedir cosas materiales e interesadas (que toque la lotería, aprobar un examen), no se cumplen. Pero, en muchas ocasiones, lo que se pide es bueno y desinteresado: la salud de una persona querida, la superación de un conflicto familiar o profesional, etc., y no se obtiene nada. Muchas personas han sufrido graves crisis espirituales por este motivo. El evangelista Mateo, intuyendo el peligro, indica al final de su párrafo que Dios “*dará cosas buenas* a quienes se las pidan”. Sólo Dios sabe lo que es realmente bueno para cada uno de nosotros, y eso nos lo dará si se lo pedimos. Pero Lucas prefiere formularlo de manera más clara: “vuestro Padre del cielo dará *Espíritu Santo* a quienes se lo pidan”. Para Lucas, el Espíritu Santo es como la energía eléctrica en nuestro tiempo: ilumina y pone en marcha los motores. En cualquier momento de dificultad, en las crisis más graves, Dios nunca dejará de darnos su Espíritu Santo, capaz de iluminar, dar fuerza y alegría.

Estos datos del evangelio anuncian la importancia capital que tendrá el Espíritu Santo en los Hechos, donde aparece 51 veces como motor de toda la actividad misionera de la Iglesia. Lucas, igual que los otros evangelistas, se enfrenta con un misterio. ¿Cómo es posible que un grupo de personas sin gran formación, miedosas, de horizontes geográficos estrechos, se lanzase a una actividad tan intensa por todo el mundo? ¿Cómo pudieron arrostrar con alegría las mayores dificultades? Un historiador ateo diría: la fuerza del fanatismo. Los evangelistas, lógicamente, no lo interpretan así. Para Mateo, la fuerza la reciben de Jesús, que les promete: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Y esto Lucas lo interpreta en el sentido: “Yo estaré con vosotros a través del Espíritu Santo”. Dentro de esta concepción teológica, no tiene nada de extraño que Lucas haya querido subrayar de modo especial el don del Espíritu. Por eso, no lo cuenta como un acto más de Jesús resucitado (como hará Juan), sino como un acto especialísimo, que requiere incluso un serio período de preparación.

5. Importancia de la abnegación y la renuncia

En el diálogo entre Gabriel y María es ella quien pronuncia la última palabra: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mi lo que has dicho” (1,38). Poner la voluntad de Dios por encima de cualquier proyecto personal, de las propias dudas, es la forma más grande de abnegación. Pero María también deberá renunciar a otras cosas.

Ante todo, a entender el misterio que está viviendo. La mariología más difundida, bastante superficial, pasa por alto las sutiles indicaciones de Lucas. Creemos que María, después del diálogo con el ángel, todo lo entiende. Sin embargo, Lucas subraya que, para ella, todo sigue siendo un misterio que hay que rumiar interiormente (2,19). Un misterio que admira y desconcierta, como al oír las palabras de Simeón sobre el niño (2,33). Y que adquiere su punto culminante después de la visita al templo con doce años; mientras Jesús da por supuesto, como algo muy sabido, que él tiene que estar en las cosas (o la casa) de su Padre, María y José “no comprendieron lo que quería decir” (2,50).

Renunciar a entender a la persona o los acontecimientos más cercanos supone un gran sacrificio. Pero la renuncia de María tendrá que ir más adelante, expuesta a otra serie de dificultades. El anciano Simeón le anuncia un futuro muy difícil: su hijo será un personaje

discutido (la cosa más horrible para una madre) y “una espada te traspasará el corazón” (2,35).

Ningún evangelista dice que seguir a Jesús sea fácil y cómodo. Pero Lucas subraya la importancia de este tema en diversos momentos. La conocida frase: “El que echa la mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios”, es exclusiva suya (9,62). También ésta otra: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío” (14,33).

A veces formula de modo mucho más exigente lo que ya decía otro evangelista. Mt 10,37 pide algo muy duro: “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí”. Lc 14,26 lo formula de manera casi intolerable: “Si uno quiere ser de los míos y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y *hasta su propia vida*, no puede ser discípulo mío”.

Otras veces le basta añadir dos palabras. Al contar la vocación de Mateo, cuando Jesús le dice: “Sígueme”, los otros evangelistas escribieron: “Se levantó y lo siguió”. Lucas escribe: “*Dejándolo todo*, se levantó y lo siguió” (5,28). A la conocida exigencia: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”, Lucas añade “*cada día*”. La cruz se convierte, de este modo, en una condición habitual del cristiano (9,23).

Esta actitud de renuncia total y de disposición al sacrificio también encuentra eco en el libro de los Hechos. Sin ella no se comprenden los primeros acontecimientos. Pedro y Juan se verán pronto encarcelados, la comunidad se sentirá perseguida, Esteban muere asesinado, y estalla una violenta persecución contra la iglesia de Jerusalén, que obliga a todos a dispersarse (Hch 8,1). Pero es especialmente Pablo, perseguido, azotado, llevado a los tribunales, encarcelado durante años, el modelo de llevar la cruz “cada día”. A lo largo de su vida se hizo realidad lo que Jesús dice a Ananías cuando Saulo se convierte: “Yo le enseñaré cuánto tiene que sufrir por mí” (Hch 9,16).

6. Importancia de la oración⁶

Según piensan algunos, Lucas escribe para cristianos procedentes del paganismo que no están habituados a hacer oración. Por eso necesitaba subrayar la importancia de este tema.

En sus relatos de la infancia de Jesús siempre nos movemos en un ambiente de oración. Los principales personajes rezan, alaban a Dios, dan gracias (Zacarías, Isabel, María, Simeón, Ana). En este contexto inserta Lucas cuatro oraciones que pasarán a formar parte de la liturgia: “Benedictus”, “Magnificat”, “Gloria” y “Nunc dimittis”. Además, las palabras de Isabel a María que servirán de base para el “Ave María”.

Igual que en el caso del perdón, el ejemplo principal de oración lo da Jesús. En esto, Lucas no inventa nada. Marcos, por ejemplo, sugiere que la oración es algo habitual para Jesús. Al principio de su evangelio, describiendo lo que es un día normal en la vida del Señor, dice que “se levantó muy de madrugada, salió y se dirigió a un lugar solitario donde estuvo orando” (Mc 1,35).

⁶ R. LLAMAS, “La oración desde S. Lucas”: *Revista de Espiritualidad* 49 (1990) 27-61; L. MONLOUBOU, *La prière selon saint Luc. Recherche d'une structure*, Lectio Divina 89, París 1976; L. FELDKÄMPER, *Der betende Jesu als Heilsmittler nach Lukas*, St. Augustin 1978.

Pero eso que Marcos se limita a sugerir, Lucas lo desarrolla, y presenta a Jesús orando en los momentos más importantes de su vida: en el bautismo (3,21); durante su actividad (5,16); antes de escoger a los Doce (6,12); antes de la confesión de Pedro (9,18); cuando sube a la montaña a orar (9,29); después de la misión de los setenta y dos (10,17-21); durante la agonía del huerto (22,39-46); en la cruz (23,34-36).

Aparte de ello, la importancia de la oración se subraya en estos otros pasajes: en las parábolas del amigo inoportuno (11,5-8) y del juez inicuo (18,1-8), exclusivas de Lucas; en la exhortación a los discípulos a orar, cuando están en el huerto (22,40). Existe una relación expresa entre el Espíritu Santo y la oración (1,15.17; 3,21s; 10,21; 11,13).

También en Hechos la oración es una constante de la comunidad cristiana desde el primer momento. “Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús, y sus parientes” (1,14). Aunque los apóstoles tienen una especial obligación de dedicarse a la oración (6,4), ésta es también un rasgo específico de toda la comunidad (2,42). Todos aparecen rezando en medio de las dificultades (4,23-31; 12,5; 12,12) o en momentos importantes: antes de elegir al sustituto de Judas (1,24), en el nombramiento de los diáconos (6,6), al enviar a Bernabé y Pablo (13,3).

Los personajes principales aparecen a menudo rezando. Pedro y Juan van al templo a la hora de la oración (3,1), y oran para que los de Samaría reciban el Espíritu Santo (8,15). Pedro, cuando está lejos de Jerusalén, en Jope, sube a la azotea para la oración del mediodía (10,9; 11,5). También reza antes de resucitar a Tabita (9,40).

Pablo aparece rezando después de su conversión (9,11). Con Silas, cuando están en la cárcel en Filipos (16,25). Reza con la comunidad de Antioquía (14,23) y con la de Éfeso en la casa (20,36) y en la playa (21,5). Antes de curar al padre de Publio (28,8).

Se alaban las oraciones y limosnas de Cornelio (10,4.31).

7. Importancia de los pobres y la pobreza⁷

Entre las distintas oraciones que incluye Lc, la más famosa es el canto de María, el “Magnificat”. En él alaba a Dios, entre otras cosas, porque “se ha fijado en la humildad de su esclava”. Los humildes, los pobres, ocupan un puesto capital en el evangelio de Lucas, que subraya la pobreza de Jesús desde su infancia: cuando nace, lo acuestan en un pesebre, “porque no encontraron sitio en la posada” (2,7). Y la predilección especial de Dios por los pobres la pone de manifiesto en el episodio siguiente: los ángeles no anuncian el nacimiento del Salvador a la corte de Jerusalén, ni a los sumos sacerdotes, ni a fariseos y escribas, sino a los pobres pastores de Belén, “que pasaban la noche a la intemperie, velando el rebaño por turno” (2,8-20). Esa vida tan dura y pobre los capacita para creer que un niño recién nacido pueda ser el Mesías, el Señor, y les permite glorificar y alabar a Dios.

Por eso, al formular la primera bienaventuranza, Lucas afirma sin más matices: “Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (6,20). Lucas está convencido de los grandes valores espirituales y humanos que pueden darse en la pobreza. En cambio, incluye una malaventuranza, exclusiva suya: “Ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo” (6,24).

⁷ H. J. DEGENHARDT, *Lukas, Evangelist der Armen. Besitz und Besitzversicht in den lukanischen Schriften*, Stuttgart 1965; D. P. SECCOMBE, *Possessions and the Poor in Luke-Acts*, SNTU B 6, Linz 1982.

Lucas, como Mateo y Marcos, sabe perfectamente el gran peligro que se esconde en la riqueza. Pero añade otros datos: insiste en la necesidad que supone acumular bienes (12,13-21), denuncia con terrible dureza el egoísmo del rico que se despreocupa del pobre Lázaro (16,19-31), aconseja actuar como el administrador injusto, utilizando los bienes que Dios nos ha dado para ganarnos amigos (16,1-9). Añadiré un breve comentario sobre dos de estos textos.

La parábola del rico y Lázaro se inspira en un oráculo del profeta Amós contra la vida opulenta de los ricos: espléndido mobiliario en sus casas, magnífica comida y bebida, perfumes exquisitos... sin preocuparse lo más mínimo “del desastre de José”⁸, la trágica situación de sus conciudadanos pobres (Am 6,4-6). Lucas personaliza el problema, haciéndolo más acuciante. No enfrenta ricos y pobres, sino un rico a un pobre. Un rico que, al menos en la parábola, no comete graves injusticias: se limita a vestir de púrpura y lino y banquetear espléndidamente todos los días” (16,19). Su gran pecado es no atender al pobre Lázaro echado a su puerta. Si se tratase de resolver la desgracia de todo el pueblo (“el desastre de José”, como decía Amós), el rico podría excusarse, como hacemos nosotros, diciendo que el problema le supera y carece de solución. Pero se trata de algo muy sencillo: dar de comer de lo que sobra. Leída desde la perspectiva del Primer Mundo, esta parábola es quizá la más dura de todo el evangelio y la que más debería inquietarnos.

El otro texto que deseo comentar es la parábola del administrador injusto. Advertido de entrada que es muy complejo, y se le han dedicado tesis doctorales, sin que exista una interpretación aceptada por todos. El problema radica, desde mi punto de vista, en que Lucas usa un recurso tan irónico y sutil que resulta difícil captarlo.

Un hombre rico tenía un administrador. Le llegaron quejas de que estaba derrochando sus bienes. Lo llamó y le dijo: ¿Qué es eso que me cuentan de ti? Dame cuentas de tu administración, pues no podrás seguir en el puesto. El administrador pensó: ¿Qué voy a hacer, ahora que el amo me quita el puesto? Para cavar no tengo fuerzas, pedir limosna me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me licencien, alguno me reciba en su casa. Fue llamando uno por uno a los deudores de su amo y dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Contestó: Cien barriles de aceite. Le dijo: Toma el recibo, siéntate enseguida y escribe cincuenta. Al segundo le dijo: Y tú, ¿cuánto debes? Contestó: Cien fanegas de trigo. Le dice: Toma tu recibo y escribe ochenta. El amo alabó al administrador deshonesto por la astucia con que había actuado. Pues los ciudadanos de este mundo son más astutos con sus colegas que los ciudadanos de la luz. Y yo os digo que con el dinero sucio⁹ os ganéis amigos, de modo que, cuando se acabe, os reciban en la morada eterna.

⁸ Este texto se lee en la liturgia dominical. Los que presten atención y se enteren (dudo que sean muchos) se preguntarán quién es ése José. El único que les resulta conocido es el patriarca hijo de Jacob, vendido por sus hermanos y que triunfó en Egipto. Pero el profeta se refiere a “la Casa de José”, formada por las tribus de Efraín y Manasés. El “desastre de José” es el desastre de todo el país.

⁹ Uso la traducción de Luis Alonso Schökel en la Biblia del Peregrino. Lo que él traduce por “dinero sucio” se ha prestado a enorme debate. La expresión griega (mamwna/ th/j avdiki,aj) parece referirse, a primera vista, a la riqueza adquirida por medios ilícitos (lo que llamaban los judíos *mamôn dishqar*). Pero basta leer el texto sin prejuicios para advertir que aquí no establece Jesús una distinción entre ganancias justas e injustas, se refiere a toda clase de bienes, subrayando su aspecto de injusticia. ¿Significa que Jesús considera la riqueza esencialmente injusta? Así piensan algunos, pero no podemos demostrarlo. Personalmente, acepto la teoría de J. Dupont. Este autor indica que la “riqueza injusta” del v.9 es sustituida en el v.12 por “lo ajeno” (evn tw/| avllotri,w|). Y comenta: “Los bienes terrenos, que proceden de Dios y le pertenecen, no son injustos en sí mismos; se vuelven injustos cuando el hombre se los apropia y los acumula ‘para él’; actuando como si Dios no fuese el dueño absoluto de los bienes que el hombre sólo ha recibido para administrarlos” (J. DUPONT, *Les beatitudes* III, París 1973, 171). Una exposición más detallada del tema en J. L. STICRE, *Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexilicos*, Madrid 1979, 164-166.

Evidentemente, la parábola propone como modelo de conducta a un individuo deshonesto, que utiliza el dinero ajeno en beneficio propio. Por eso escandaliza a mucha gente. ¿En qué podemos imitar a esa persona? Usando los bienes de que disponemos, que no son nuestros (son de Dios), para darlos a los pobres, ganarnos amigos que intercedan por nosotros y nos reciban en la morada eterna. La ironía de la parábola tiene dos focos: 1) Me dice que esos bienes que considero míos (mi casa, mi coche, mi cuenta corriente) no son míos, yo soy un simple administrador de eso que me han entregado. 2) Quien sale humanamente “perjudicado” soy yo mismo, que me privo de parte de mis bienes para darlos de limosna; pero en eso que me perjudico, me beneficio.

En cualquier hipótesis, Lucas no es un entusiasta de la riqueza y considera que la mejor forma de usarla es en beneficio de los pobres. Pero Lucas no es demagogo. A lo largo de su relato deja claro que Jesús tiene amigos ricos: Juana (8,3), Zaqueo (19,2-10), José de Arimatea (23,20-53).

Esta exaltación de la pobreza y crítica de la riqueza (aunque sin hacer demagogia) es importante para comprender el libro de los Hechos. La comunidad intenta vivir un ideal de pobreza, compartiendo los bienes y atendiendo a las necesidades de los más pobres. Por el lado contrario, las señoras distinguidas de Antioquía de Pisidia promueven una revuelta contra Pablo (Hch 13,50), y los plateros ricos de Éfeso se convierten en grandes perseguidores suyos, porque les echa por tierra su negocio de estatuillas religiosas (Hch 19,24-29). Pero Lucas registra también, con alegría, que “no pocas mujeres principales” de Tesalónica se juntaron a Pablo y Silas (Hch 17,4) y también se unieron “señoras distinguidas” en Berea (Hch 17,12).

8. *Evangelio universal*¹⁰

Este tema, aunque parezca extraño, está muy relacionado con el anterior. Para un judío piadoso, la persona más pobre, la menos digna, es el pagano que no conoce a Dios. La preocupación de Dios por los pobres se manifiesta también en el amor a los paganos. Los evangelios de Marcos y Mateo exponen con claridad que el mensaje y la obra de Jesús son para todos los hombres, no sólo para el pueblo de Israel. Pero Lucas ha subrayado este tema de modo especial.

Uno de los personajes que introduce en la infancia, Simeón, proclama que Jesús es el Salvador que Dios ha colocado “ante todos los pueblos como luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel” (2,31).

En la aparición pública de Juan Bautista, Marcos y Mateo ven el cumplimiento de lo anunciado por Isaías: “Preparad el camino al Señor, allanad su calzada” (Mt 3,3; Mc 1,3). Pero Lucas completa la cita, para dejar claro que esta salvación atañe a todos los hombres, no sólo al pueblo de Israel: “Todo barranco se rellenará, montes y colinas se abajarán, lo torcido se enderezará y lo escabroso se igualará y *verá todo mortal la salvación de Dios*” (3,6).

Del mismo modo, en la genealogía de Jesús sigue un procedimiento totalmente distinto al de Mateo. Mientras éste quiere demostrar que Jesús desciende de Abrahán (es verdadero israelita) y de David (puede ser el Mesías), Lucas usa una genealogía ascendente,

¹⁰ S. G. WILSON, *The Gentiles and the Gentile Mission in Luke-Acts*, Cambridge 1973 (MSSNTS 23).

que se remonta hasta Adán, demostrando su relación con toda la humanidad a la que ha venido a salvar.

El discurso de Jesús en Nazaret cumple una función programática en este sentido; Jesús se compara con Elías y Eliseo, profetas enviados por Dios a hacer el bien a extranjeros, con lo que provoca el rechazo de sus paisanos (4,16-30).

Este aspecto universal de la salvación adquiere su máximo desarrollo en el libro de los Hechos, que expone la expansión de la Iglesia desde Jerusalén hasta los confines del mundo (Roma), con una apertura cada vez mayor a los paganos.